

V CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

2009

Buscando el mar

PRIMER PREMIO

María Luisa Frisa Gracia
Alumna de 1º de Filología Hispánica
Universidad de Zaragoza

Tinta en la manos

SEGUNDO PREMIO

Elías Fernández Jaime
Alumno de 3º de Publicidad y Comunicación Audiovisual
Universidad Antonio de Nebrija

Propiedad conmutativa

ACCÉSIT NEBRIJA

José María de la Vega Giménez
Alumno de 4º de Comunicación Audiovisual
Universidad Antonio de Nebrija



Nebrija
Fundación

© Universidad Antonio de Nebrija, 2009

Buscando el mar

Primer premio

Autora:

María Luisa Frisa Gracia

Alumna de 1º de Filología Hispánica

Universidad de Zaragoza

Tinta en las manos

Segundo premio

Autor:

Elías Fernández Jaime

Alumno de 3º de Publicidad y Comunicación Audiovisual

Universidad Antonio de Nebrija

Propiedad Conmutativa

Accésit Nebrija

Autor:

José María de la Vega Giménez

Alumno de 4º de Comunicación Audiovisual

Universidad Antonio de Nebrija

Organizan:

Departamento de Lenguas Aplicadas

Servicio de Biblioteca

Servicio de Publicaciones

Centro de Estudios Hispánicos

Coordinador:

Rafael Jiménez Pascual

Diseño y maquetación:

José C. del Pozo

Servicio de Publicaciones


Universidad Antonio de Nebrija

ISBN 13: 978-84-88957-58-0

Depósito legal: M-51754-2009

Impresión: Trigraphis S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Trigraphis[®]
 **Ideas
Impresas**

Cinco años ya cumplidos con esta quinta convocatoria del Certamen Literario de Relato Breve Alonso Zamora Vicente nos ponen al frente del reto de prolongar y mejorar lo que, ya a estas alturas, parece consolidado. La apuesta de la Universidad Antonio de Nebrija por ofrecer un espacio de auténtica creatividad y expresión literaria, nacido de la voluntad de un grupo de compañeros de distintos departamentos que echaban de menos una propuesta de este calibre, sigue materializándose cada año con renovada ilusión y energía.

En cinco años de actividad no hemos hecho más que crecer introduciendo pequeñas variaciones en cada convocatoria, con el ánimo de enriquecer nuestra propuesta y dotarla de un mayor atractivo para todos los estudiantes y alumnos que, cada año con un incremento sustancial de participaciones, se ven tentados por el sano ejercicio de medirse consigo mismos y con los demás en el ámbito de la creación literaria, de la expresión estética de las ideas, los pensamientos y las inquietudes para los que la literatura sigue siendo un vehículo imprescindible y digno.

Ahora que hemos cumplido cinco convocatorias ya falladas y cerradas, y que vamos camino de la sexta, conviene enorgullecerse de un camino recorrido no sin esfuerzo y dedicación, pero siempre con la sabia prudencia y la humildad de reconocer que quedan leguas por andar y expectativas que mantener. Para ello no sólo contamos con el empeño y el trabajo que dedicamos cada año a esta iniciativa en la Universidad Antonio de Nebrija, sino también con el apoyo y la resuelta dedicación que nuestros colaboradores y patrocinadores nos prestan cada convocatoria. Desde aquí nuestro más sincero agradecimiento al Ayuntamiento de Hoyo de Manzanares, a Trigraphis y a La Librería de Hoyo, por su respaldo y su prestancia desde el primer día.

En nuestro deseo de consolidación y crecimiento para este certamen literario de relato breve, que tuvo la suerte y la feliz idea de bautizarse con el nombre de Don Alonso Zamora Vicente, y de contar con este en aquella primera ceremonia de entrega de premios, aspiramos a seguir disfrutando del apoyo de nuestra Universidad y de la Fundación Antonio de Nebrija, así como de los desinteresados integrantes del jurado que se enfrenta cada año a difíciles decisiones. A todos ellos, y por supuesto a todos los estudiantes que se presentan siempre con la ilusión y el deseo de llevarse algún premio y un reconocimiento por delante, les damos las gracias y les garantizamos que seguiremos trabajando por hacerlo mejor cada nueva convocatoria que se presente. Y ahora, a por la sexta...

D. Rafael Jiménez

*Coordinador del Certamen Literario
de Relato Breve Alonso Zamora Vicente*

V CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2009

Buscando el mar

PRIMER PREMIO

María Luisa Frisa Gracia
Alumna de 1º de Filología Hispánica
Universidad de Zaragoza

La primera vez que vi a la pelirroja fue a la puerta del Bar del Dioni. El Choni, del que éramos devotos, y sus colegas se fumaban unos petas que remojaban con unas birras. Su brazo, musculoso y tatuado con una enorme calavera, que conseguía que nuestros ojos se abrieran tanto como las órbitas, recorría el cuello de la chica con la voracidad de una pitón. De vez en cuando interrumpía la cháchara para darle un buen morreo, demostrando quién era el que mandaba.

A mí no me pareció gran cosa. Había algo en ella, no sé, cierto aire de mosquita muerta, de pavisosa, que la hacía parecer fuera de lugar, como si únicamente estuviera realizando una suplencia a una de esas tías tetonas y morbosas que él frecuentaba.

A Manu y a Nacho, en cambio, les supo a gloria.

- Joder, yo a ésa le echaba cuatro sin sacarla.

- Menuda guarra, mira como chupa la pajita.

Por aquella época íbamos siempre encendidos, nos matábamos a pajas detrás de la tapia del colegio de las monjas, a la que permanecíamos un rato asomados espionando a las chicas.

Teníamos doce años, y yo, vergonzosamente lampiño, pasaba las horas muertas encerrado en el cuarto de baño, sordo a los aporreos que mi hermana daba en la puerta, pasándome una cuchilla de mi padre por la jeta y el pecho para ver si lograba hacer crecer los pelos.

El Choni, feo como un pecado, montaraz, cejijunto y con la nariz ganchuda, debía rondar los diecinueve. Sobre él se contaban historias absolutamente increíbles, de las cuales alguna debía ser rigurosamente cierta.

De vez en cuando, nos dejaba hacerle algún favor. Sólo tenía que girar la cabeza, y allí, a un par de metros, como el perro que espera a su amo, babeábamos nosotros por él.

- Tú, tráeme un paquete de tabaco. Rapidito.

Nunca daba las gracias, y la mayoría de las veces cuando nos tenía a su alcance nos propinaba una colleja o se mofaba. Pero no nos importaba, a nosotros nos gustaba así. Soñábamos con emularlo. Gastábamos las horas describiéndonos las bravatas que haríamos cuando estuviéramos en su pellejo.

Una tarde, una tarde que por algún motivo estaba de buen humor, tras el encargo me permitió quedarme unos minutos con ellos.

- Toma.

Me alcanzó el peta, y durante una fracción de segundo dudé. Entornó los ojos.

- ¿Qué pasa?, ¿que eres virgen?- rió acompañado de su comparsa.

Me lo llevé aprisa a los labios y di una calada profunda, honda, seguida de un par rápidas. Lo pasé. La cabeza se me pobló de humo, sentí un mareo, más que eso, como si mis pies ya no estuvieran sobre algo firme, como si todo se hubiera tornado gelatinoso. Sus carcajadas resonaban en mis oídos. Sabía que estaban hablando, veía sus bocas moverse a cámara lenta, como en una película trucada, pero no conseguía entender nada, nada, aparte de sus risas.

Unos ojos. Unos ojos de un verde imposible, fijos en mí, hipnóticos, tendiéndome un cable, un cable al que asirme. Poco a poco las cosas volvían a tener consistencia, se solidificaban, cuando me llegó una colleja inesperada. Trastabillé y casi termino en el suelo.

- ¿Qué pasa, te mola mi piba?

¡Joder, aquellos ojos eran de la pelirroja! Y aunque yo entendía más de delanteras que de miradas, supe que aquella era especial, única, y que se me habían clavado para siempre allí dentro.

El Choni palmó cuatro años más tarde. Su muerte no tuvo nada de épico, simplemente se saltó un stop, ni las señales ni las prohibiciones iban con él, y lo arrolló un camión. La novia del momento y él agonizaron unas cuantas horas ensamblados en su mortaja de hierro.

Bien mirado, la pelirroja tuvo suerte de que le hiciera un bombo y la dejara colgada.



Un instante antes de que su cabeza se hundiera en mi entrepierna lo supe. Reponían Rebeca, aunque a mí por entonces todas las películas antiguas me parecían una autentica mierda, y al doblar la curva Manderley emergió en todo su esplendor iluminando la pantalla y provocando destellos pelirrojos a los cabellos de la chica.

No podía ser, ¿o sí? Hacía tiempo que nadie sabía nada de ella.

Los días siguientes a que El Choni la plantara, la pelirroja, desposeída del cetro, deambuló por el barrio con un ojo a la funerala y un labio partido. Nadie preguntó. Nadie se metía en los asuntos de los demás. Cada uno en su casa.

- Eso es que ha pillado a esa guarra con otro y le ha dado un escarmiento- aseguraba Manu.

- Fijo, fijo- asentía entusiasmado Nacho.

Pero tanto ellos como yo sabíamos que eso era imposible. Ningún tío se hubiera atrevido a montárselo con la chica del Choni. Ninguno tenía tantos huevos.

Y después nada. Como si la tierra se la hubiera tragado.

Un colega nos contó lo de las mamadas en la fila de los mancos. Nunca, salvo en nuestras poluciones nocturnas, habíamos estado tan cerca de una chica. Hallamos un propósito en la vida.

Nos costó un mes largo reunir la pasta, pero con ella en el bolsillo parecíamos volar camino al cine de reestreno del centro.

¡Era una casualidad increíble!, había pasado meses buscándola para hallarla por sorpresa buceando en mi entrepierna. Al principio un escalofrío de entusiasmo me ánimo, ¡joder, me lo estaba montando con una chica del Choni!. Tardé un par de minutos en asumirlo, ya que su pericia no dejaba lugar para muchas reflexiones: yo no quería que esto sucediera, no con ella.

- Para.

No me oyó.

- ¡Qué pares, ostia!- le grite al tiempo que le estiraba del pelo para apartarla

Mi arrebato levantó las protestas de los escasos habitantes de la platea. Ella me miró con los ojos vidriosos, el gesto de desconcierto.

- Tío, tío, tienes que pagarme- opuso a mi intención de levantarme.

Su voz sonaba pastosa. Se estrujó con ambos dedos, nerviosa, agitada, la punta de la nariz. La miré con desprecio.

- Págame- insistía lloriqueando.

- ¿Cómo has podido llegar a esto?- incrédulo

Durante un instante hizo un esfuerzo por fijar la mirada, por intentar reconocerse. En vano. Me puse en pie y ella se aferró a mis piernas repitiendo su retahíla. Me zafé con una patada y le tiré el dinero.

- No eres más que un saco de mierda.

Manu y Nacho me esperaban impacientes.

- Joder, qué rápido tío. Ahora me toca a mí.

Lo retuve por el brazo.

- Nos vamos.

- ¿Qué?

- ¡Qué nos vamos, coño!

Desandamos el camino en silencio. Ellos me miraban dolidos, como si les hubiera robado los caramelos, yo sentía una oquedad en el pecho, allí donde antes habitaba el corazón.



El punto de inflexión en mi vida fue la detención de mi hermano mayor. A él y a sus colegas los pillaron haciéndole el puente a un coche. Por supuesto, no era la primera vez.

Acostumbraban a mercarse uno, nuevecito, elegante, los fines de semana para comerles el morro a las tías, o tan sólo para hacer unas derrapadas en algún descampado. Les duraba lo que la gasolina, después los dejaban tirados tras liberarlos de algunas piezas que vendían en los desguaces.

Los agarraron.

Mi madre se enjugaba las lágrimas con el delantal mientras se echaba un chorrito de coñac, todavía más generoso que el habitual, en el café con leche de la tarde con el que acompañaba los ansiolíticos.

Mi viejo, decidido a no cejar en sus técnicas pedagógicas, levantó el culo del sofá. Aquello no lo podía consentir. La lluvia de golpes y correazos fue equitativamente repartida entre todos.

A mí me mandaron con mis abuelos maternos a un pueblo de Valencia. Juré que me escaparía, juré que volvería, pero nunca lo hice. No era tan tonto como para no reconocer lo bueno.



Decir que me acordaba de ella casi treinta años más tarde sería falso. También es cierto que nunca la olvidé.

Me quedó una afición fetichista por el cine en blanco y negro, y en especial por el del maestro, el de Hitchcock. Las protagonistas de mis esporádicas relaciones nunca comprendieron mi inclinación. A mí lo que más me ponía era hacerlo mientras Norman Bates interrumpía la sensual ducha, o el pobre Anthony Keane se consumía por Mrs. Paradine. La última de ellas me dejó cuando le sugerí que se disfrazara de la austera Mrs. Danvers.

El cine no sólo me procuró sinsabores, también me consiguió una profesión -después de haberme licenciado en la Universidad Antonio de Nebrija-, hacía críticas en un par de periódicos, organizaba foros, simposios, participaba en varios semanales, escribía guiones para programas de televisión... Me gustaba mi trabajo, no tenía un horario fijo, me proporcionaba una gran libertad, y una sensación de incertidumbre, de estar siempre con el culo al aire sin la cual no hubiera podido sobrevivir.

Tenía otra afición: los contactos de los anuncios clasificados. No sé cuando comenzó ni tampoco si fue la causa o la consecuencia de mi incapacidad patológica para establecer una relación que durara más de unos meses, de implicarme con otra persona, de compartir sentimientos. Supongo que un psicólogo diría que la buscaba, pero no era cierto, como ya

he dicho ni siquiera me acordaba de ella, aunque únicamente llamaba a las que se anunciaban pelirrojas.

Era como encontrar una aguja en un pajar, pero me pinché con ella. Las casualidades forman parte de nuestra existencia, entretejen una telaraña sobre la que nos movemos, lloramos, reímos, vivimos, la mayor parte de las veces no somos conscientes de ellas, o se nos escapan por el filo, pero hay ocasiones en que se materializan y supongo que ésta fue una de ellas.

Era una noche de agosto, tórrida y pegajosa como todas. La ciudad nos daba trato de exiliados a los cuatro gatos que no la habíamos abandonado. Había quedado para cenar con un guionista de moda, un cantautor afónico y un joven y laureado director de cine aficionado a los temas marginales.

La velada se alargaba. Nos encontrábamos a gusto, relajados. El cantautor propuso echar la penúltima en un garito cercano y aceptamos.

Yo creía conocer todos los tugurios de la ciudad, pero aquel era excepción. Estaba casi vacío, como todo. Nos sentamos en una mesa y comenzamos las rondas. Me levanté a mear y aproveché para pillar más bebida, y allí estaba la pelirroja, atendiendo la barra.

Ella, o lo que quedaba de ella, pues hasta su pelo se había convertido en unas guedejas de un rubio mal teñido. La reconocí por los ojos, aunque los nublaba un espeso velo de tristeza.

Lucía soberbia, ajada, pero soberbia. Los años y la desgracia le habían concedido el halo de morbosa voluptuosidad del que carecía en la adolescencia.

La casualidad había sido tan enorme que no podía ni moverme. Ella, por supuesto, no sabía ni quién era.

- ¿Te pongo algo o vas a estar toda la noche mirándome?- escupió.

Regresé a la mesa aturdido, como si me hubiera golpeado. El cantautor, experto en las malas lindes del corazón, sonreía con sordina.

- Está buena, ¿eh?- asentí- pues a la cola, a ver por qué te crees tú que venimos a un antro como éste.

Como casi siempre me ganaba por la mano.

- Y hay más- se relamió- dicen que fue puta- vio que había captado mi atención- nada del otro jueves, la historia de siempre, ya sabes, cuando era una cría un macarrilla de barrio la preñó, su madre le dio una paliza y la echó de casa por querer tener el niño, pero como ella era obstinada...

- Puta- repetí, hasta aquel momento nunca había pensado en ella en esos términos.

- Y de las tiradas. Por lo visto perdió al crío y se empezó a meter de todo, dicen que estaba tan anulada que se lo hacía en los camping de la costa. Yo no me creo nada, seguro que todo es pura leyenda negra para darle más morbo. Aunque... ¿te la imaginas?.

- Estás enfermo- cabeceé, pero me la imaginaba, claro que me la imaginaba.

Un amigo común entró en ese momento y se unió a nosotros. El cantautor comenzó a contar otras batallas y no fue hasta la madrugada cuando pude preguntarle algo que siempre había querido saber.

- ¿Cómo se llama?

- Ni idea, le dicen la pelirroja aunque no sé porque, tal vez era su nombre de guerra- sonrió obsceno, después recompuso el gesto todo lo que el whisky ingerido le permitió para advertir, como el buen amigo que era- pasa de ella, es imposible, está totalmente rehabilitada. Yo ya lo he intentado todo, hasta regalarle una canción.



Me convertí en un asiduo. El aire viciado por el tabaco y los vapores etílicos propiciaba las confianzas, y a esa hora maldita en que los bares a punto están de cerrar y dada la ausencia de parroquianos empezó a acostumbrarse a mí.

Ella no hablaba casi nunca de sí misma, le gustaba más preguntar -¿E estás casado?- yo negaba con la cabeza y ella reía con una risa rota y aguardentosa- y no me extraña, yo si algo sé es distinguir a los hombres que saben tratar bien a las mujeres, y tú no eres uno de ellos.

Ella habitaba en la casa de las contrariedades y las penas. Pedía a gritos que alguien la salvara, aunque no estaba dispuesta a dejarse socorrer. Algunas madrugadas de horas bajas, con la persiana del bar entornada, y varios bourbons sin hielo deslizándose por la inconsciencia, me hablaba de su hijo – aún ahora hay noches en que me despierto y siento su bulto en mi vientre, su peso en mis entrañas, su pulso en mis venas.

Culpaba a aquel revés de su infelicidad, de su arrastrarse por la vida. No quería asumir que le fue más cómodo seguir la cuesta abajo, serpentear por la nebulosa que le proporcionaban las drogas que plantar cara y pelear – cuando las cartas vienen mal dadas... - solía justificar mientras se encogía de hombros.

Decía que a ella la vida sólo le había sonreído una vez, y tímidamente. Fue cuando conoció a Pepe, el dueño del bar, el tío que la sacó del pozo de mierda en que estaba hundida hasta las cachas - ya ves, y ni para quererlo he valido.

A la noche siguiente amanecía embroncada por la confianza, por su debilidad.

- No sé, contigo me pasa algo extraño, tengo como una sensación de familiaridad, que me deja con las defensas bajadas.

Y yo me sentía como un canalla. Pero no me delataba. Disfrutaba del poder que me producía conocer todo lo que ella encubría, incluso, en ocasiones veía nítidamente su rostro de aquel entonces sobreponerse al de la

mujer madura. Era como recuperar los años perdidos, la débil posibilidad que un día existió entre nosotros.



Sucedió una maldita y escarchada noche de lunes, la última del año. Mientras el resto del planeta se ponía de acuerdo y reían, cantaban, hacían el amor y se emborrachaban, la mujer de los ojos tristes, la rubia mal teñida del segundo encendió la radio.

Ataviada con tan sólo una falda corta y negra y un sujetador del mismo color arrojando su frágil cuerpo, comenzó a bailar, a moverse lentamente en medio de la oscuridad, abrazándose a sí misma cuando sonaba una balada o una triste historia de amor. Reía, pero al tiempo gruesos lagrimones con pegotes de rimel manchaban sus mejillas.

Se detuvo. Alzó el vaso terciado de bourbon y brindó, brindó por aquel niño al que una fría noche como ésa alcanzó su destino.

La noche de los buenos propósitos, de las enmiendas, había sido para ella la del tortuoso sepelio de sus ilusiones. Sola, aferrada al cuerpecillo que apenas destacaba de la blancura de las sábanas del hospital, suplicándole en vano un poco más de tiempo, de esperanza.

La alborada, apiadándose, le regaló la que sería su mejor amiga, su compañera de camino: la soledad. Alzó el vaso y brindó con aquel hijo que hoy tendría casi treinta años. Apuró el bourbon y después se arrojó al vacío.

Cuando era pequeño, mi madre solía decir que es mejor la luz, cualquier tipo de luz, que la oscuridad. Normalmente, siempre decía esto después de recibir una paliza de mi padre y de beberse un par de tragos, mientras el viejo dormía la borrachera en el sofá.

Nos prometía que a lo lejos, siguiendo la línea del horizonte se llegaba al mar, el cálido mar que a ella la había cobijado de pequeña, y que en cada

una de las estrellas que en él se reflejaban vivían las mujeres que no habían encontrado la felicidad en la tierra.

La última vez que la pelirroja y yo hablamos me dijo – no te rías, pero ¿sabes?, yo nunca he visto el mar- y la entendí, porque yo llevaba toda la vida buscándolo.

V CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2009

Tinta en la manos

SEGUNDO PREMIO

Elías Fernández Jaime

Alumno de 3º de Publicidad y Comunicación Audiovisual
Universidad Antonio de Nebrija

Aquí, en la palma de mi mano, estamos todos. Luis XVI, María Antonieta, sus hijos María Teresa, Luis-Carlos y yo. Claro, que no me he presentado... Llevo un rato dando vueltas por la Universidad Antonio de Nebrija y en cinco minutos comenzará el examen de historia que lleva semanas siendo mi pesadilla. Es la última oportunidad que tengo para acabar de una vez con esta asignatura y, por favor, no me preguntes cómo he podido organizarme así de mal para algo tan importante. Toda la pregunta de la Revolución Francesa está apuntada desde donde empieza el antebrazo hasta más allá de la muñeca. Pienso aprobar esto y te puedo asegurar que no me importa cuántos jacobinos y girondinos mueran en el intento.

El examen encima de mi mesa y empiezo a leer las preguntas. Detenidamente, una por una. Ahí están todos y me miran clavando sus pupilas francesas con insistencia sobre mí. Entonces comienzo a sudar. Sudo porque Robespierre trepa por mi piel lleno de ira seguido de un puñado de furiosos izquierdistas radicales. Sus nombres comienzan a verse borrosos. En cuestión de poco tiempo las palabras empiezan a desfigurarse. La ola de tinta azul va creciendo. Sublevándose, haciéndose cada vez más fuerte. Veo cómo en Versalles las cortinas que María Antonieta había mandado colgar ya no son de tonos pasteles sino que éstos se han ido tiñendo de un azul preocupante que se extiende también por toda la mantelería e incluso se disuelve en el champán que hay dentro de las botellas. La gran mancha cruza los salones de espejos y luego salta por la ventana hacia los jardines para teñir todos los setos del azul más sospechoso.

Pero no hay que perder los papeles. Ante todo naturalidad. Es la regla de oro. Tengo que dejar de mirar cada minuto al profesor que me sigue la pista desde la esquina. Debo dejar de mirarlo y de esconder la mano, histérico, bajo la mesa antes de que empiece a guiar sus pasos hacia mí. Antes de que se acerque hasta donde me encuentro. Ahora la inundación de tinta es tan descarada que creo que se va a desbordar y que va a inundar todo el suelo mientras mi cabeza rueda encharcada como si fuese la de un monarca autoritario. Pero ya es demasiado tarde. Su sombra se proyecta sobre mí mientras me pide explicaciones. Caput.

V CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2009

Propiedad conmutativa

ACCÉSIT NEBRIJA

José María de la Vega Giménez
Alumno de 4º de Comunicación Audiovisual
Universidad Antonio de Nebrija

Fin. Ella y él se dispusieron a ser felices y a comer perdices. Aunque, para ser sinceros, una de esas dos cosas era metafórica.

Ella, Carina López Cercas, de treinta y tres años, había esperado a que él saliera de la cárcel para que viviesen juntos por varios motivos. El primero de ellos era que su contacto con los hombres había disminuido considerablemente en los últimos años. El segundo era que el único hombre en el que confiaba era él. Había otros motivos de difícil explicación e irrelevantes para esta historia. Él, Salvador Núñez Cuerda, de treinta y cuatro años, simplemente la quería y no tenía a nadie más. Eso también se debía a diversos motivos, pero explicarlos sería, a juicio del narrador, innecesario. Lo importante es que Salvador salía de la cárcel el 12 de septiembre de 2008.

Fueron tres años por homicidio imprudente con agravante por imprudencia profesional al haber hecho uso del arma suministrada por el cuerpo. La detención de Salvador se produjo en el domicilio de Carina. Ella fue trasladada al mismo tiempo por una ambulancia al haber sufrido gran número de contusiones que habían terminado por dejarla parcialmente inmóvil. El autor de la agresión: Nicolás Pérez Maza, que tenía treinta y seis años el día de su muerte, fue a su vez víctima del arma de Salvador, con la

que este último le había descerrajado tres tiros en el pecho que le condujeron a una muerte inmediata.

Salvador había llegado al piso mientras Nicolás propinaba una paliza a Carina. Llegó nervioso, temblando, con el corazón acelerado tras correr a la casa. Aquello fue diez minutos después de la segunda llamada de Carina, con la que le había suplicado ayuda llorando. Salvador se encontraba volviendo a su piso cuando recibió la llamada a su móvil. Estaba en la calle, no muy lejos de la casa (vivían a poco más de un kilómetro).

Salvador volvía de visitar a su madre. Iba a verla siempre que podía, porque sabía que ella lo necesitaba, pero le dejaba agotado. Por más que se volcaba todo lo que podía en hacer que se sintiera bien, ella con sus dolores no hacía más que atacar y atacar, y él acababa destrozado mentalmente, que encima que tenía una sola semana de descanso, una mísera semana, no tenía más que problemas, y una cosa tras otra justo cuando lo que uno necesita es que le dejen en paz, pero ¿qué iba a hacer? No puedo. No puedo cargar con esto yo solo, tengo que enfocarlo de otra forma. Creo que hago bien, hago lo que tengo que hacer, pero me merezco un poco de comprensión. Necesito despejarme. Me gustaría ver a Carina, o hablar con ella, aunque sólo sea un rato...

Nicolás, por su parte, había sido cazado por desgravar a Hacienda, había recibido una llamada de la imbécil de su hermana burlándose de él como siempre hace la muy asquerosa, cada vez más convencida de quedarse con su parte de la herencia. Y al llegar a casa, Carina hablando seguramente con el pringado de su ex-marido, porque era él, ¿no? Ahora me dirás que no era él. Sí, y ponme esa cara hasta los pies, que parece que es la única cara que sabes poner. Ah, sí, mírame así, como si yo tuviese la culpa de todo, como si yo fuese culpable de que te comportases como una fulana, y venga, tira la servilleta al suelo, a ver si consigues que le duela. Oye, oye, que la cubertería no tiene la culpa. ¡Eh! Guapa, te estás pasando un rato. ¡Mírame! ¡Mírame a la cara cuando te hablo, zorra! Te cojo. Te cojo si me da la gana. Ah, ¿no? ¿No te gusta que te llame zorra? ¿Entonces qué eres? Porque claro, si te crees que puedes verte otra vez con el marica de tu ex-marido sin que yo

me de cuenta. ¡Oye! ¡Carina! Como tires eso al suelo te juro que te acuerdas de la paliza que te doy. ¡Carina! Carina, ¿me oyes? ¡Dios! Esta vez sí que la has hecho buena. Sí, sí, corre al baño, que te juro que te voy a dejar la cara hecha un Picasso.

Agredida, agresor fallecido y homicida detenido terminaron de esta forma tras llevar un largo periodo de disputas y tensión. Esto sucedió a principios del mes de octubre de 2005. Las agresiones a Carina por parte de Nicolás empezaron casi un año antes. El dos de diciembre de 2004. Fueron un total de doce veces las que sufrió daños físicos considerables. Pero los hay mucho peores, le decía Carina a Salvador. La más dura de todas fue aquella última vez. Salvador amenazaba a menudo con irrumpir en su casa, pero Carina no le dejaba.

Carina y Salvador llevaban un tiempo viéndose, pero nunca tuvieron ningún encuentro con connotaciones sexuales. Bueno, excepto una noche, a la salida de la discoteca Voodoo, donde él la besó, ella se dejó y... Al cabo de un par de minutos, le apartó. Todo esto ocurrió por un cúmulo de razones. Esa fue la única vez desde julio de 2003, cuando salió a tomar un café con sus amigas y él la vio, y se acercó sorprendido y la saludó y dos besos y qué tal y cuánto tiempo y qué haces por aquí y dices que vives ahí al lado, pues mi casa está dos calles más allá de la rotonda y cómo es que no te había visto nunca y qué es de tu vida. Entonces, Carina dio gracias a Dios por haber empezado a salir con sus amigas, que le recriminaban a menudo estar demasiado encerrada en su marido. Un segundo matrimonio es cosa seria, decía. Pero poco la habían visto desde que se casó.

Y es que se había casado por segunda vez a los veinticinco años (por precipitado que pareciese), más o menos dos años antes de encontrarse de nuevo con Salvador. Fue un poco más triste que la vez anterior. Había menos gente y un juzgado tenía menos glamour que una iglesia. Pero esta vez ella estaba convencida. Nico, Nico, Nico. Él la había atraído desde el principio, no como Salva. Le conoció antes de divorciarse. Salva la odió por ello, pero arreglaron las cosas. Y Carina le escribió una historia. Dejaron de tener relación más tarde, pero ella creyó que en papel, quizá con

una historia de ficción, podría demostrarle lo mucho que le quería a pesar de todo. Él tenía que saber que aún era una persona importante para ella. Carina pensó en su madre, que había escrito muchas historias para niños, aunque sin mucho éxito.

Las historias cortas hay que plantearlas desde el final. Hay que saber cómo va a terminar para decidir cuál será la secuencia de hechos que lo provoquen, dijo su madre. Pero las cosas no siempre ocurren por algo, dijo Carina. Sí, Carina. Siempre ocurren por algo, dijo su madre. A lo cual contestó Carina: ¿Y la tormenta? Y su madre: Que no sepas por qué ocurre no significa que no ocurra por algo. Y Carina: Entonces tú tampoco sabes por qué ocurren las cosas. Y su madre: No, pero a veces lo puedo intuir. Y Carina: Entonces sólo haces suposiciones. Y su madre: Es posible, pero yo estoy convencida de que todo tiene un motivo. Y Carina tiró el boli y ahora, ¿por qué he tirado este boli? Y su madre: Porque creías que eso me convencería de que no tengo razón. Y Carina suspiró agotada. Y su madre: Aun así, aunque no lo creas de la realidad, en la ficción casi siempre es mejor conocer los motivos de todo, aunque no se muestren, y conducir las conclusiones temáticas hacia el final. Entonces Carina preguntó: ¿Al final de la narración o al final de los hechos? Y su madre: Al final de la narración.

No era la primera vez que se le ocurría escribir algo, pero fue la primera que tuvo resultados satisfactorios. La verdad era que sacó algo de la historia inconclusa que emprendió cuando conoció a Nicolás. Estaba tan extasiada, tan abrumada de haber conseguido a un hombre como él, que de verdad le hiciese temblar, suspirar, que no pudo sino decidir escribir algo con todos aquellos sentimientos que creyó podrían ser algo parecido a la inspiración. Nicolás apareció en mitad de un descampado por la noche. Un vagabundo la seguía a ella por un caminito entre los matorrales. Ella se asustó y se agarró a Nicolás, que andaba meditabundo por el mismo sendero. Por favor, no se aparte de mí, me está siguiendo ése, me da miedo, no crea que estoy loca, no estoy loca, es sólo que me da miedo, haga como que me conoce, por favor, en cuanto desaparezca le dejaré en paz. Él la tranquilizó, aprovechó y le dio conversación, y de ahí pasaron a encontrarse a menudo por el barrio, en el supermercado, él ayudándole a llevar la compra a ella, ella

preguntándole por la salud del padre moribundo de él, él encontrándole parecido con una estrella de cine, ella considerándole un tipo muy gracioso, él invitándola a tomar un café... Y todo eso añadido a lo aburrido que se estaba volviendo Salva.

Porque Salvador y ella llevaban casi cuatro años casados cuando apareció Nicolás, y en todo ese tiempo, la cosa había ido en declive. Además, ellos ya se conocían de antes. Desde que tenían él dieciséis años y ella quince. No veían nada nuevo el uno en el otro. Ni siquiera se lo vieron en un principio. Fueron amigos hasta que un día, un par de años después de conocerse, Salvador se lamentaba en un bar, cuando el resto de sus amigos les había dejado solos.

Él decía: No sé qué me pasa, no tengo solución. Creo que soy incapaz de que me gusten las mujeres que de verdad me quieren. Me aburre ser deseado. A veces creo que necesito correr detrás de aquellas que vayan a escapar de mí. Ella le miró ensimismada. Desde aquella noche dejaron de ser confidentes y se convirtieron en amantes.

Eso fue dos meses después de que empezasen a sincerarse seriamente a raíz de una conversación que tuvieron sobre la naturaleza del amor, cuando Carina le pidió ayuda para un poema que le habían mandado escribir en clase. Creo que necesito un verso más que rime con el penúltimo que tengo, dijo ella. El título perfecto habría sido “Amar amarga”, pero había ciertos motivos por los que no podía ponerlo. Al final puso “¿Amar gana?”. Y decía así:

Amar gana
a gran ama:
a Margana,
maga rana.
Magna ara,
gama arán
grana. ¡Ama!

¿Y bien? ¿Qué hago con el final? Él no supo contestar. Ni después de que ella le explicase sus intenciones: Hablar de que el amor vence al mal, a pesar

de lo cual también provoca mucho dolor. Pensándolo bien, no había funcionado. Además, había una absurda incongruencia cromática y una vocal que, por mucho que se empeñase, no podía ser una “a”. A decir verdad, el poema era una porquería. En realidad, la idea de escribir aquello procedía de una conversación con él, una semana antes. Eso no se lo dijo. Tampoco que aquella conversación la había hecho ver en él unos razonamientos de una cierta familiaridad gratificante.

La vida no es más que un conjunto de hechos, decía Salvador intentando lanzar una sentencia firme después de un silencio. Sí, respondió ella, es una sucesión de momentos. Pero entonces él se volvió y la miró. No, no es una sucesión, es un conjunto. ¿Y qué diferencia hay?, preguntó. Pues la forma de ver las cosas. Todo ocurre por algo, siempre hay una causa, pero no una motivación. Aun así, esas causas son difíciles de ver. Si para ti la vida es una cadena, querrás ver un eslabón tras otro. Pero eso es imposible, porque la vida es como un tapiz. Nosotros somos hilos, y no abarcamos más que una pequeña parte del tapiz. Por eso no podemos ver más que una proporción mínima de las causas. El pasado, el presente, el futuro. Todo es parte de lo mismo. Da igual por donde empieces a contarlo, porque siempre faltará información. Pero los hechos siempre estarán ahí. Podemos pensar que lo que vendrá después no está fijado, pero lo que hagamos por conseguirlo y nuestro éxito o fracaso siguen siendo parte del tapiz. En este mundo todo son causas y consecuencias. Lo intuimos desde que nacemos, pero lo olvidamos cuando nos cansamos de hacer preguntas que nadie sabe cómo contestar. Salvador guardó silencio y miró hacia el suelo. ¿Y la elección?, dijo ella. Él sonrió. ¿La elección?

Cuando acabase bachillerato, Carina pensaba estudiar arquitectura (aunque cambió de idea por administración de empresas y finalmente por derecho) y quería hacerlo en la Universidad Complutense (pero tras barajar varias opciones se decantó por la Universidad Antonio de Nebrija), quería vivir en un colegio mayor (a pesar de lo cual acabó prefiriendo un piso compartido), y le habría gustado conocer en su época universitaria al hombre de su vida (eso simplemente no ocurrió). Pese a todo, lo que Carina más deseaba era bailar ballet, y ese deseo se cumplió, relativamente,

gracias a unos cursos a los que se apuntó durante tres años. Había querido bailar desde pequeña, pero hasta su adolescencia no se había decidido definitivamente por ello.

Cuando tenía seis años, su tío le regaló una cajita de música con una bailarina de ballet. A Carina siempre le fascinó. A los ocho vio “Fantasía”, y le gustó especialmente la parte en la que bailaban los hipopótamos, los avestruces, los cocodrilos. Un poco porque le daban miedo los dinosaurios y el Monte Pelado, y le aburrían las demás partes de la película. A los diez años, su madre le llevó a ver “El lago de los cisnes”, y quedó maravillada. Estuvo un par de meses bailando cuando no la veían. A los once años soñó que estrenaban un espectáculo en cuyo cartel aparecía ella, vestida con tutú, y que rezaba: “Carina la bailarina”. Cuando se despertó le pareció absurdo. Pero no se le olvidó.

Su madre le llevó a ver ballet una vez más, a los doce años, un mes después de la muerte de su abuelo.

El abuelo de Carina se suicidó a los sesenta y tres años. Lo sabía porque oyó a su madre decírselo por teléfono a su tía Julia, llorando. Por lo visto, el abuelo había dicho poco antes que la vida era algo ridículo. Las hermanas también hablaron delante de ella en el funeral. Tía Julia estaba muy afectada, pero la madre de Carina parecía haberlo asumido y se mostraba rígida, más acusadora que compasiva. Ojalá hubiese podido hablar con él para convencerle, decía tía Julia. Y la madre: Las cosas no pudieron haber sido de otra forma. Las cosas fueron como fueron. Y tía Julia: Ya, bueno, el pasado es inamovible, pero el futuro no. Y la madre: El futuro es igual de inamovible. *Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.*

Dos semanas y cuatro días antes de la muerte del abuelo de Carina, la madre de Carina había hablado con él seriamente, ya exhausta por la crisis existencial de su padre. Y en uno de esos momentos, él dijo algo así como: ¿Qué más da el transcurso de la vida si al final se acaba? A lo cual, su hija contestó: ¿Y qué más da que acabe si transcurre? Antes, ahora, después, ¿qué más da! Todo es lo mismo. Nuestra percepción nos lo presenta en un

orden. La vida nos lo cuenta así. Pero las cosas son como son. El orden es, junto a la ausencia de información, el distintivo de la subjetividad.

La madre de Carina pensaba así, de una forma tan distinta a su padre, por muchas razones que, como tantas cosas, estaría de más explicar.

El funeral fue la última ocasión en que Carina vio a su tía Julia. Su madre y ella se dejaron de hablar tiempo después. Nunca supo por qué.

Pero Carina guardaba muchos recuerdos de su tía. Era una mujer fuerte, segura de sí misma, independiente, divertida. Habían pasado muy buenos ratos juntas. Tía Julia le decía a menudo que no se fiase de los hombres, que eran todos iguales, que tenía que aprender a ver en cada uno de ellos por dónde debía cogerlos. Que Carina era una niña muy guapa y en cuando se hiciese mayor iba a tener a muchos revoloteando a su alrededor. No fue para tanto, pero más o menos. Por aquel entonces veía a su tía como un ejemplo perfecto de cómo le gustaría ser. Hablaba a menudo con ella de cualquier cosa.

Tía, le decía, ¿por qué ya no estás con el tío Luis? Y Julia: Porque él y yo ya no nos queremos. Y Carina: ¿Por qué? Y Julia: No lo sé. Y Carina: ¿Y mamá por qué no se casa con algún señor? Y Julia: Porque no encuentra a ninguno. Y Carina: ¿Por qué? Y Julia: Yo creo que porque no busca donde tiene que buscar. Y Carina: ¿Por qué no busca donde debe? Y Julia: Porque tu madre es una torpe. Y Carina: ¿Por qué? Y Julia: Ay, hija, qué pesada eres. Y Carina: ¡Pero dime por qué! Y Julia: Pues porque sí. Y Carina: ¿Y por qué sí? Y Julia: ¡Porque sí y punto! Por muchas cosas que yo sé de tu madre que tú nunca entenderías. Y Carina: ¡Cuéntamelo! Y Julia: No. Las cosas son más fáciles de entender viviéndolas, no te empeñes en querer saber cómo ha sido todo marcha atrás, viendo sólo cómo es ahora. Carina se quedó perpleja. Julia pensó que no había entendido ni una palabra, pero entonces dijo: ¿Por qué? Y Julia: ¡Porque sí!

Tía Julia, a pesar de guardarse muchas cosas, parecía saberlo todo y ser capaz de controlar lo que quisiese. En cambio, su madre, siempre sola, siempre sumisa, siempre demasiado ingenua, demasiado expuesta a los aprovechados... A veces llegaba a casa llorando. Mamá, ¿qué te pasa? Nada,

hija, que querer duele. ¿Qué? Nada, no me hagas caso. Y Carina: Has dicho que... Nada, no he dicho nada. ¿Qué rabia le daba a Carina! Ella no sería igual. No, no, no. A ella no se la daban con queso.

Laura López Cercas, madre soltera de veintiséis años, dedicada, laboriosa, responsable, después de un duro día de trabajo, de ojeras mal disimuladas, de sonrisas poco creíbles, se inclinó junto a la cama de su hija dispuesta a leerle un cuento. “Caperucita Roja”. ¿Te lo he leído? No. ¿No? ¿Seguro? No. Ese no. Vaya... Pues ahora te lo leo. Quieres que acabe bien, ¿no? Carina, cinco años y dos meses más o menos, la miró extrañada y asintió en silencio, más bien porque no tenía motivos para negarse. Sí, ¿verdad? Entonces los hermanos Grimm. A ver... A ver... Aquí está. Érase una vez...